

La utopía clasicista

Ricardo Bofill, Barcelona (1939-2022)

Luis Fernández-Galiano



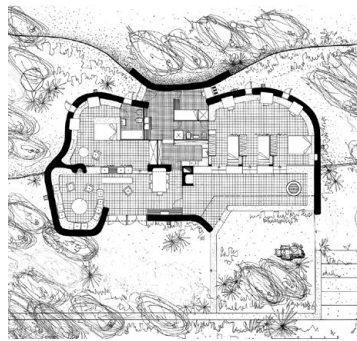
Tan polémico como poliédrico, el autor de la obra que materializó el espíritu del 68 ha promovido igualmente una urbanidad clasicista y posmoderna.

Controversial and multifaceted, the author of the work which materialized the spirit of 1968 has also promoted a classicist and postmodern urbanity.

HIJO DE UN padre arquitecto —cuya tradición constructora acaso se remonta hasta el maestro de obras de la catedral de Gerona en el siglo XV— y de una madre judía veneciana que ejerció como ‘pal de pallar’ en la familia, el joven Ricardo Bofill Levi tuvo muy pronto que dar muestras del excepcional talento que los más próximos veían en él. Esta combinación de exigencia y autoestima le permitió transitar sin dificultad del Liceo Francés a la Escuela de Arquitectura de Barcelona, donde su activismo político antifranquista y su proximidad al clandestino Partido Comunista le valieron la expulsión en 1957, prosiguiendo su formación universitaria en la Escuela de Arquitectura de Ginebra. Adquirió así tempranamente una experiencia internacional que se desarrollaría después sobre todo en el ámbito francófono —al norte y al sur del Mediterráneo—, aunque sus primeros pasos profesionales los daría en España, y en proyectos a menudo vinculados con la actividad de su padre.

Modernidad mediterránea

La obra que inicia precozmente su trayecto es una casa de vacaciones en Ibiza realizada para una tía suya en 1960, donde la planta orgánica y el desarrollo horizontal muestran una admirable absorción de las lec-



Casa en Ibiza (1960)

ciones de la construcción vernácula y la arquitectura de José Antonio Coderch, pero los que le valdrían un inmediato reconocimiento serían los edificios de viviendas que levanta en Barcelona de forma simultánea a la fundación del Taller de Arquitectura en 1963. Este, que con la incorporación de poetas, filósofos o actrices se asemejaba más a un colectivo de creación que a un estudio convencional de arquitectura, actuaría desde entonces como la caja de resonancia crítica de la imaginación experimental de Bofill, y su condición de *think-tank* artístico contribuyó sin duda a la audacia creciente de los proyectos, desde el racionalismo sobrio del primer edificio residencial en la calle Bach 28 —una obra entre medianeras con incipiente libertad de sección y citas de Coderch en el patio interior— al organicismo cerámico

y escultórico, con referencias gaudinianas en el remate, de las viviendas de la calle Nicaragua, cuyo triplex en el ático habitaría el arquitecto, y que recibirían el premio FAD en 1964.

Utopías residenciales

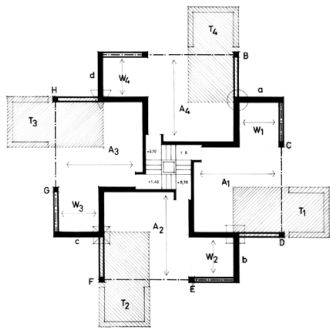
Durante los diez años siguientes, y en un país que —todavía sin libertades políticas— experimentó un *boom* económico y una transformación de las costumbres producto a la vez del impacto del turismo y de la revolución juvenil del 68, Bofill atravesó una fase de excepcional productividad creativa —expresada incluso en películas experimentales como *Circles* o *Schizo*—, que tuvo como hitos arquitectónicos el castillo de Kafka en Sitges, la Muralla Roja en Calpe y Walden 7 en Sant Just Desvern: tres oníricas y utópicas realizaciones residenciales, ensayadas antes en el Barrio Gaudí de Reus y desarrolladas con extraordinaria ambición modular y combinatoria en la no realizada Ciudad en el Espacio madrileña, que han quedado en la historia como la mejor manifestación de los sueños y las esperanzas de una época generosa y visionaria. Junto al edificio de Walden 7, el Taller descubrió una fábrica de cemento abandonada cuyos silos de hormigón transformaron en una sede brutalista y surreal que se comenzó a ocupar en 1975; pero los



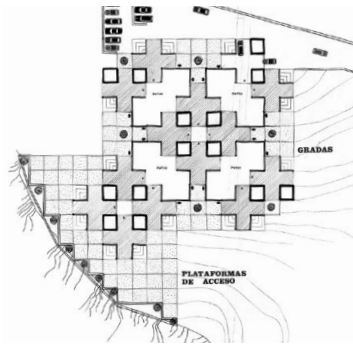
Apartamentos calle Bach 28, Barcelona (1965)



Viviendas calle Nicaragua, Barcelona (1964)



Castillo de Kafka, Sitges (1966-68)



La Muralla Roja, Calpe (1968-73)

GROWING UP with an architect father (whose constructive roots may well be traced back to the master builder of Girona cathedral in the 15th century) and a Venetian Jew mother who was the cornerstone of the family, young Ricardo Bofill Levi had to demonstrate very early on the exceptional talent that those close by saw in him. This combination of expectations and self-esteem equipped him for an easy passage from the Lycée Français to the Barcelona School of Architecture, from which he was however expelled, thanks to his anti-Franco activism and his contacts with the clandestine Communist Party. He moved to the Geneva School of Architecture, and so it was that he acquired early an international experience that would later develop in the French-speaking world, north and south of the Mediterranean, although his first steps in the professional arena would be taken in Spain, and in projects often linked to his father's practice.

Mediterranean Modernity

The project that precociously began his career was a vacation house in Ibiza, built for an aunt, where the organic floor plan shows his assimilation of both vernacular construction and the architecture of Coderch, but recognition would come with the apartment building raised in Barcelona in 1963, in simultaneity with the setting up of his Taller de Arquitectura. This studio, which included poets, philosophers, or actresses, was closer to a creativity team than to a conventional architectural firm, and served from the start as a critical sounding board for Bofill's experimental imagination. Its role as an artistic think tank surely contributed to the growing daring of his projects, which evolved from the sober rationalism of the residential block at Bach 28 – with tentative freedom of section and references to Coderch in the inner court – to the ceramic and sculptural organicism with Gaudiesque gestures on the rooftop of the apartments on Nicaragua street, whose attic the architect himself would occupy, and which earned him the FAD award in 1964.

Residential Utopias

During the next ten years, and in a country which, still deprived of political freedom, experienced an economic boom and a transformation of customs that was a fruit of both the impact of tourism and the youth revolution of 68, Bofill went through a phase of exceptional creative productivity (expressed also in experimental films like *Circles* and *Schizo*) that yielded architectural landmarks like the Kafka Castle in Sitges, the Red Wall in Calpe, and Walden 7 in Sant Just Desvern: three dreamlike and utopian residential works, previously tested in the Barrio Gaudi in Reus and developed with extraordinary modular and combinatorial ambition in the unbuilt *City in Space* of Madrid; both have left their mark in history as the best manifestations of the dreams and hopes of a generous and visionary time. Close to Walden 7 the Taller discovered an abandoned cement factory, and turned its concrete silos into a brutalist and surreal work, which they began to occupy in 1975. But the years of Spain's political transition were also years of acute economic crisis, and Bofill moved his professional center to Paris, thereupon carrying out the bulk of his work in France, after erecting a tribute to Catalonia in the shape of a pyramid on the border between both countries.

A Monumental Urbanity

The ill-fated *Les Halles* competition, which came to nothing when it became a political battleground, was Bofill's introduction into France's architectural scene and a clear expression of his turn towards a postmodern classicist sensibility, present too in subsequent projects for urban parks in Spain – such as the Turia Gardens in Valencia – but materialized above all in a sequence of large housing developments in France. Whether in *villes nouvelles* – *Les Arcades du Lac* in St. Quentin-en-Yvelines, *Les Espaces d'Abraças* in Marne-la-Vallée, or *Le Belvedere de St. Christophe* in Cergy-Pontoise – or in cities like Montpellier with *Antigone* or Paris itself with

Las primeras obras de Bofill transitan desde el racionalismo sobrio de las viviendas de la calle Bach o el organicismo de las de la calle Nicaragua hasta las propuestas residenciales oníricas de Sitges, Calpe o Sant Just Desvern.

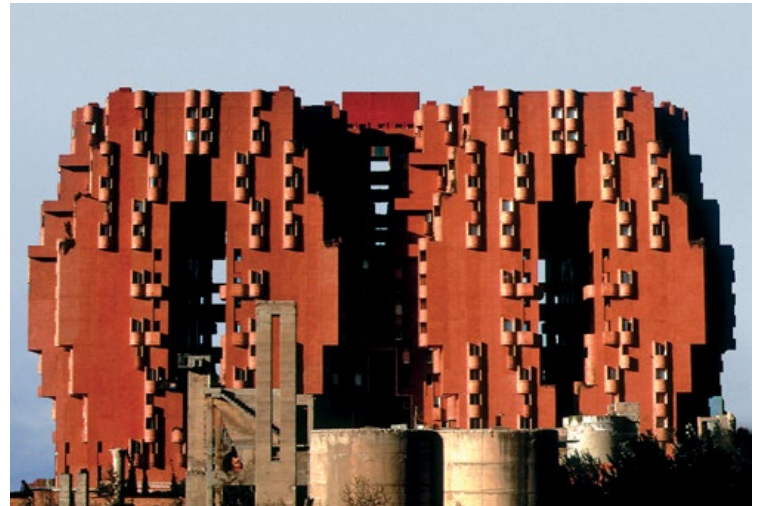
Bofill's early works go from the sober rationalism of the apartments on Barcelona's Bach street or the organicism of those on Nicaragua street to the dreamlike residential projects for Sitges, Calpe, or Sant Just Desvern.



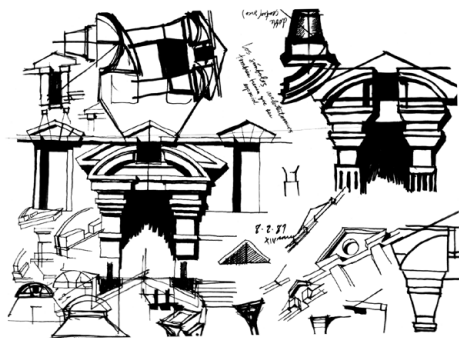
Castillo de Kafka, Sitges, Barcelona (1966-68)



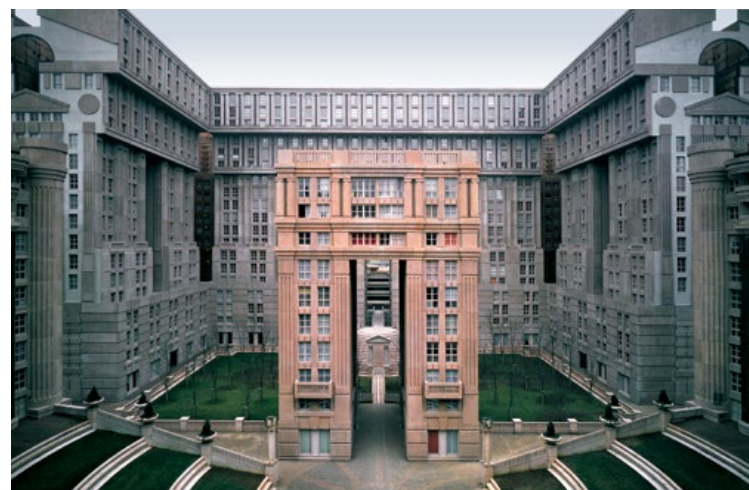
La Muralla Roja, Calpe, Alicante (1968-73)



Walden 7, Sant Just Desvern, Barcelona (1970-75)



Les Échelles du Baroque, Paris (1980-86)



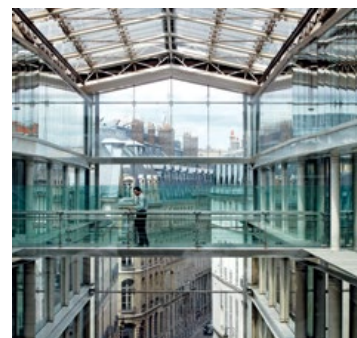
Les Espaces d'Abraxas, Marne-la-Vallée (1978-82)



Les Échelles du Baroque, Paris (1980-86)



Antigone, Montpellier (1979-89)



Paribas Marché St. Honoré, Paris (1986-97)

años de la transición política española lo fueron también de aguda crisis económica, y Bofill trasladó a París su centro de gravedad profesional, desarrollando a partir de entonces en Francia la mayor parte de su trabajo, tras levantar en la frontera entre los dos países un singular tributo a Cataluña en forma de pirámide.

Una urbanidad monumental

El malhadado concurso de Les Halles, que no pudo llevarse a término al convertirse en un Campo de Agramante político, fue la presentación de Bofill en el escenario arquitectónico galo, y una nítida expresión de su tránsito hacia una sensibilidad clasicista posmoderna, presente también en otros proyectos posteriores de parques urbanos en España —como los Jardines del Turia en Valencia— pero sobre todo materializada en una secuencia de grandes conjuntos de vivienda en el ‘Hexágono’. Ya fuese en *villes nouvelles* —y así Les Arcades du Lac en St. Quentin-en-Yvelines, Les Espaces d’Abraxas en Marne-la-Vallée o Le Belvedere de St. Christophe en Cergy-Pontoise— o en ciudades como Montpellier con Antigone y la propia París con Les Échelles du Baroque, la urbanidad clásica y los órdenes arquitectónicos de las fachadas prefabricadas en hormigón se convirtieron en un elocuente manifiesto posmoderno que dio a Bofill extraordinaria popularidad, introdujo su obra en el canon de la crítica y le llevó en 1985 a exponer —junto a Léon Krier— en el mítico MoMA neoyorquino.

Clasicismos cartesianos

Convertido en un estudio internacional, el Taller abrió una sede en Nueva York en 1987, y otra en Tokio en 1991, ampliando la variedad y dispersión geográfica de su trabajo al tiempo que dotaba a su clasicismo cartesiano de una dimensión más explícitamente tecnológica. Así ocurre en el Paribas Marché St. Honoré en París o en las obras realizadas en Barcelona al calor de la euforia olímpica,

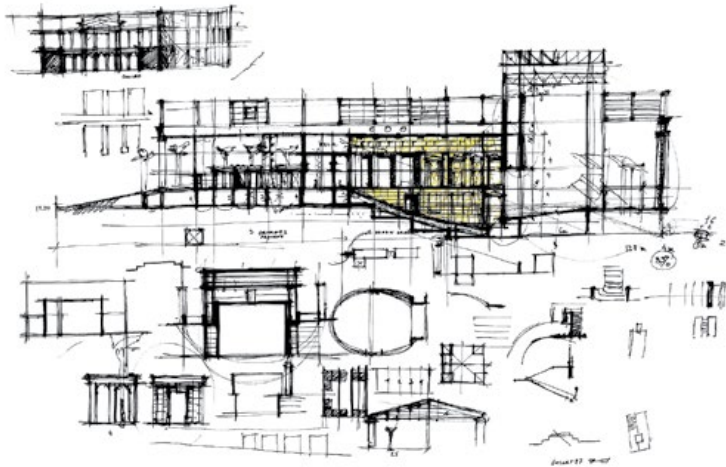
el Teatro Nacional de Cataluña o la primera fase del aeropuerto, pero la realización más característica de esta etapa es sin duda 77 West Walker Drive, un *high-rise* culminado en Chicago en 1992 que había sido ya soñado para Nueva York en 1985 —con ocasión de la muestra en el MoMA— pero que acabó materializándose en la cuna del rascacielos, deviniendo uno de los iconos de la ciudad. En este momento dulce de su carrera, Bofill hizo balance de su trayectoria y dejó constancia de su reflexión urbana en dos volúmenes publicados por Odile Jacob, *Espaces d'une vie* (con el periodista Jean-Louis André) y *L'architecture des villes* (con el ingeniero Nicolás Véron), que expresaban su convicción de que «el arquitecto debe recuperar su lugar... en el interior de las lógicas económicas y comerciales».

Iconos del nuevo siglo

A ello se aplicó con inteligencia en los años sucesivos —ante la incompreensión de sus colegas, todo sea dicho— construyendo iconos como el Casablanca Twin Center, el Shiseido Parlour en Tokio o el Hotel Vela en Barcelona, junto a obras tan sobriamente urbanas como el conjunto Monchyplein en La Haya, tan elegantemente silenciosas como la segunda fase del aeropuerto de Barcelona y tan eficazmente abstractas como el Karlin Hall Economía en Praga. Rodeado siempre de su guardia pretoriana, el británico Peter Hodgkinson y el francés Jean-Pierre Carniaux, y con la incorporación al estudio de sus hijos Ricardo, arquitecto, y Pablo, economista, Bofill se ha adaptado al más inhóspito clima económico cerrando las sedes en el extranjero y refugiándose en La Fábrica barcelonesa con un equipo de suficiente dimensión para seguir teniendo una presencia internacional. Pero cualquiera que sea el futuro del despacho, Ricardo Bofill pertenece ya a la historia de la arquitectura, y sólo la mezquindad miope de algunos puede negarle ese reconocimiento.



Terminal 2, Aeropuerto de Barcelona (1988-92)



Teatro Nacional de Cataluña, Barcelona (1991-97)

Les Échelles du Baroque, the classical urbanity and the architectural orders of the prefabricated concrete facades became an eloquent postmodern manifesto that brought Bofill extraordinary popularity, put his work in the canon of criticism, and in 1985 gave him the chance to exhibit, with Léon Krier, in New York's mythical MoMA.

Cartesian Classicisms

Turned into an international firm, the Taller opened an office in New York in 1987 and another in Tokyo in 1991, expanding the variety and geographical dispersion of its work while endowing its Cartesian classicism with a more explicitly technological dimension. A case in point was Paribas Marché St. Honoré in Paris or the works carried out in Barcelona in the heat of the Olympic euphoria, the National Theater of Catalonia or the first phase of the airport, but without a doubt the most characteristic project of this period was 77 West Walker Drive, a high-rise completed in Chicago in 1992 which Bofill had envisioned for New York in 1985 – coinciding with the MoMA show – but ended up materializing instead in the cradle of skyscrapers and seeing it become one of the city's icons. At this sweet moment of his career, Bofill took stock of his trajectory and left his urban reflections on record in two volumes published by

Odile Jacob, Espaces d'une vie (with the journalist Jean-Louis André) and L'architecture des villes (with the engineer Nicolás Véron), which expressed his firm conviction that "architects must regain their place... in economic and commercial rationality."

Icons of the New Century

To this task he devoted himself in successive years – to the puzzlement of many of his colleagues – by building icons like the Casablanca Twin Center, the Shiseido Parlour in Tokyo, or Hotel Vela in Barcelona, along with works as soberly urban as the Monchyplein development in The Hague, as elegantly silent as phase two of the Barcelona airport, and as efficiently abstract as Karlin Hall Economia in Prague. Always surrounded by his long-time associates, the British Peter Hodgkinson and the French Jean-Pierre Carniaux, and with the incorporation into the studio of his sons Ricardo, architect, and Pablo, economist, Bofill has adapted to the most hostile economic climate by closing his foreign branches and taking refuge in La Fábrica, in Barcelona, with a team large enough to keep up its presence in the international scene. But regardless of the future that awaits the Taller, Ricardo Bofill already has a place in the history of architecture, and this is something that only the petty myopia of some can deny.

El clasicismo barroco de los conjuntos franceses de vivienda se hizo más tecnológico en la torre de Chicago o en las obras de la Barcelona olímpica, alcanzando una elegancia luminosa en la segunda fase de su aeropuerto.

The Baroque classicism of the French housing estates became more technological in the Chicago tower or in the works for Olympic Barcelona, attaining a luminous elegance in phase two of its airport.



Terminal 1, Aeropuerto de Barcelona (2003-10)



77 West Wacker Drive Building, Chicago (1988-92)